



EL BARCO
DE VAPOR

El turbante rojo

Montserrat del Amo

Ilustraciones
de Sandra de la Prada



sm

Primera edición: octubre de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Montserrat del Amo, 2015
© de las ilustraciones: Sandra de la Prada, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Juan y Susana,
compañeros de viaje al Rajastán.*



–El tigre es un animal
tan precioso como fiero
–dice Vamayajad Arayanka Prajati,
rajá de Palahore–. Tú, hijo mío,
eres demasiado pequeño
para tomar parte en la cacería.
Te quedarás en palacio
sin correr ningún peligro.



El príncipe Kuru Arayanta Prajati
agacha la cabeza,
pero sin atreverse a protestar,
porque en Palahore todos deben obedecer
las órdenes del rajá.





–¿Y el año que viene? –murmura.
–Pregúntamelo dentro de catorce lunas
y entonces lo sabrás –le responde su padre–.
Y ahora, ¡vete a tus habitaciones!

El rajá levanta la mano derecha
y señala la puerta del salón:
su dedo tieso parece una flecha
tendida en el arco para ser lanzada.

Kuru Arayanta Prajati
hace una reverencia
hasta que roza el suelo
con la pluma de pavo real
que adorna su turbante de seda roja,
da media vuelta
y sale lentamente del salón.





Y en cuanto cierra la puerta a sus espaldas, echa a correr hacia sus habitaciones.

«No puedo tomar parte en la cacería, pero al menos me asomaré a la terraza para ver la salida de la comitiva», piensa.



Cruza varios salones
y recorre largos pasillos sin encontrar
a ninguno de los habitantes del palacio,
pues todos, desde el rajá hasta el último paje,
pasando por los músicos, los soldados
y los majús conductores de elefantes,
están muy ocupados preparando la cacería.

Solo se tropieza
con algún que otro mono
que corretea por las barandillas de mármol
de las galerías sombreadas.

–¡Paso a Kuru Arayanta Prajati! –grita.

Y el príncipe se hace la ilusión
de que los monos le obedecen
cuando escapan asustados
por el sonido de su voz.









Llega a sus habitaciones
y se asoma a la terraza,
protegido por un finísimo mosquitero.

Desde ahí verá salir a los elefantes
espantándose las moscas con la trompa,
con las plataformas colocadas sobre sus lomos,
donde van los cazadores con los rifles,
rodeados de los perros, los músicos
y los soldados.

Aunque la terraza está en sombra,
hace mucho calor.

El príncipe se cansa de esperar
y se pregunta:

«¿Cuánto tiempo tardará todavía
en salir la comitiva?».





Kuru Arayanta Prajati, aburrido,
aparta su mirada de la puerta de palacio
y lanza una ojeada al fondo de la calle.

Y allí descubre a unos cuantos chiquillos,
niños y niñas de su edad, que se agachan,
se levantan, cogen barro con las manos
y corren de un lado a otro.

Las niñas llevan saris de vivos colores
y los niños el dhoti popular,
un sencillo taparrabos de tela blanca.

Aunque están a pleno sol,
se mueven sin parar, corriendo y saltando,
como si el calor, el polvo y las moscas
no les molestaran.



